IV CICLO DE *VOCES EN EL MUSEO*
(Cádiz, 09/02/2010)

Presentando a Rafael Argullol

Como ha dejado bien dicho Ana Rodríguez-Tenorio, la coordinadora de este ciclo, en el prólogo al libro *Voces en el Museo*, editado el año pasado y donde se recogen diez intervenciones de participantes en ediciones anteriores, el objetivo de un ciclo como éste es escuchar las voces que aún viven latentes en las distintas piezas de este Museo de Cádiz, sean éstas de la naturaleza que sean, bien una obra de arte pictórica o escultórica, bien cualquier utensilio que haya quedado como vestigio arqueológico. Así pues, lo que la Asociación Qultura pretende al organizar este ciclo no es otra cosa que hacer presente el pasado, sirviéndose para este rescate de vida, para esta resurrección o segundo nacimiento, no del instrumento acostumbrado, la mirada técnica y académica del especialista (ya sea el arqueólogo, el crítico o el historiador del arte), sino de otro instrumento menos usual, la mirada sensible del creador literario.

Por ello considero que es un verdadero acierto haber traído aquí esta tarde a Rafael Argullol, pues nadie mejor que él para responder al reto de aplicar una "mirada literaria y sensible" a un objeto de arte que, por el hecho de estar ya fríamente inventariado en un museo, deviene, de costumbre, en materia de exclusiva indagación científica. Argullol, a pesar de ser profesor universitario (es en la actualidad Catedrático de Estética y Teoría de las Artes en la Pompeu Fabra), nunca ha tenido la tentación, tan frecuente, de separar el mundo académico del literario, sino que lo concibe todo en su conjunto, gustándole ser presentado como "escritor", a secas, pues es el término que lo abarca todo.

Literatura y arte, palabra e imagen, unir dos términos considerados a menudo en nuestro tiempo antagónicos, acercarse a las artes figurativas mediante la recreación personal y literaria. Ésta es, en definitiva, la propuesta de nuestro ciclo. Hay, pues, en ello un deseo de unir y de no separar, de difuminar los límites. Y esto precisamente es lo que Argullol lleva haciendo desde siempre, desde que hace más de tres décadas comenzó a publicar libros (y ahora tiene en su haber una veintena larga de títulos), con su personalísima propuesta de lo que él mismo gusta en llamar *escritura transversal*. Estos vasos comunicantes ya han estado ahí desde sus primeros textos: desde su apasionante reflexión sobre la íntima comunión entre arte figurativa y palabra en el Renacimiento italiano (*El Quattrocento*) o sobre la pintura del paisaje romántico (*La*

atracción del abismo); desde su importante ensayo *El Héroe y el Único*, exploración del hilo heroico-trágico de la espiritualidad romántica, con memorables incursiones por la poesía de Hölderlin, Keats o Leopardi; pero también desde sus primeras novelas: en *Lampedusa*, donde su protagonista, Leonardo Carracci, encarna en un relato iniciático el ideal hölderliano de Grecia como patria; en *El asalto del cielo*, una indagación en clave narrativa sobre el titanismo (con impulso titánico Bruno, su protagonista, allí entonará el *makarismós* o canto a la felicidad: "soy feliz porque ahora sé que el desvarío del hombre es limitarse a ser hombre y su sabiduría alzarse por encima de su propia condición para llegar a ser dios"); o en *Desciende, río invisible*, un sobrecogedor relato sobre el instante antes de la muerte "en que la memoria es la circunstancia suprema de la vida", según nos dice desgarradoramente Tomás, el héroe vencido. Y un texto breve algo posterior, *El fin del mundo como obra de arte*, se me antoja cenital para atisbar en la escritura de Argullol estos difíciles y constantes equilibrios entre el exegeta y el diegeta, entre el inteligente constructor de écfrasis, el objeto artístico hecho palabra, y el ágil urdidor de relatos.

La *escritura transversal* es propuesta de hondo calado y altamente original, en el sentido etimológico: volver la vista atrás, a los orígenes, regresar (pues "siempre avanzamos por el camino del regreso", lapidariamente expone la primera frase de "El hijo pródigo" en *El cazador de instantes*), justo a aquel momento decisivo de la cultura griega, que va de los poetas épicos (Hesíodo, Homero) a Platón, en que la sabiduría mítico-poética, la intuitiva, la literaria, y la sabiduría racional, la filosófica, convivían, habiendo ya surgido ambas, pero no habiéndose producido aún la *gran escisión*, aquella que irremisiblemente nos abocará a la "tradicional distinción entre mundo intelectual y mundo sensitivo". Recordemos cómo todavía el sofista Protágoras propone a Sócrates, en el diálogo platónico que lleva su nombre, la opción de demostrar que la virtud es enseñable relatando un mito (el de Prometeo) o avanzando mediante un razonamiento. Mito y logos aún en la balanza.

Rafael ha apostado con valentía por retornar a ese instante integrador y fulgurante en la cultura de Occidente con la firme vocación de *restablecer la unidad primera***.** Literatura, Arte… y Pensamiento; la gran unidad: sensaciones e ideas. Sobre todo esto ha estado reflexionando Argullol últimamente en el blog literario *El Boomeran(g)* a través de sus habituales conversaciones con Delfín Agudelo. Son observaciones profundas y atinadas, que comparto y que estimulan la reflexión personal. Literatura y filosofía en la fecunda unidad del arcaísmo griego: aquellos tiempos de la gran solidaridad entre sensaciones y conceptos, cuando los hombres pensaban con imágenes, cuando los héroes homéricos pensaban "dialogando con su propio corazón". Pero literatura y filosofía acabaron divorciadas en el posclasicismo griego: nace la filosofía dogmática, el tratado doctrinal con sus reglas estrictas, y con este divorcio viene la arrogancia del saber, primero filosófico, después científico, y sobre todo la gran depuración del pasado. Ahora Homero y los poetas trágicos serán censurados por Platón

en la *República*. Ahora Aristóteles, en la *Poética*, ganará a Empédocles (e, implícitamente con él, también a Parménides o Jenófanes) para la filosofía "presocrática", pero al precio de desposeerlo de su condición de poeta. Se rompe el círculo, el misterio de la geometría que no tiene principio ni medio ni fin, y la épica cíclica, el *continuum* sin límites de la tradición poética, será artísticamente degradada por la rectilínea teleología aristotélica. Nace aquí también la retórica (la literaria), es decir, el gran simulacro tanto en el fondo (la apariencia de verdad, la *verosimilitud*, fabricada a través del conceptuoso juego de los *entimemas* o silogismos retóricos, ahora en competencia directa con la *verdad* del razonamiento lógico) como en la forma (la palabra escrita, para seguir siendo *palabra hablada* en la oratoria, recurrirá a un epidérmico *travestimiento poético*, pálido reflejo de aquella oralidad sancionada en la vetusta poesía por las hijas de la Memoria, las Musas). De ahí el sentido profundo de la nueva síntesis que Argullol nos propone, superadora de viejas dicotomías tan arraigadas en el pensamiento occidental.

Para Rafael Argullol literatura es, tal como reza en una de las 360 definiciones recogidas en su *Breviario de la aurora*, "experiencia + experimento". Si toda su obra (novela, poesía o ensayo) es experimento de transversalidad, también sus textos son frutos de la experiencia, de su inquieto nomadismo tanto intelectual (ha cursado estudios de Filosofía, Medicina, Economía, Ciencias de la Información, Historia del Arte) como geográfico (itinerancia por Europa, América, Asia). Rafael es viajero incansable y lo mucho recorrido sirve a su escritura: así se vislumbra en su novela *Transeuropa*, a través del iniciático peregrinaje de un ingeniero español por tierras de Rusia; o en *Davalú o el dolor*, donde la experiencia del dolor realmente sentido durante un viaje a Cuba le sirve para reflexionar, en el marco de una novela-ensayo, sobre su naturaleza y efectos e incluso para –de pasada– descifrar con brillantez el enigma del doliente Filoctetes en Sófocles. Y en casi todos sus textos las referencias al viaje son una constante: obras como *Territorio del nómada* o, con posterioridad, *Aventura. Una filosofía nómada* atesoran sabias enseñanzas sobre la ancestral alianza entre literatura y viaje.

Pero también hay otro sentido, más profundo, de la experiencia en su escritura, en el que no dejo de reconocer un cierto aliento rilkeano, poeta (Rilke) que para él (y también para mí) es uno de los grandes filósofos del siglo XX. A cada paso en la escritura de Argullol nos topamos con aquellas *cosas consabidoras de nosotros mismos*, vivificadas y vivenciadas por el recuerdo, con su valor lárico y humano intacto. Y en ello da lo mismo que el texto responda convencionalmente a la narrativa o al ensayo. Dos breves ejemplos bastarán. En *La razón del mal*, la espléndida novela ganadora del Nadal en 1993, el reloj familiar que el anciano ha salvado de su total destrucción también es una *cosa consabidora de sí mismo*, por eso mantiene su valor lárico (une el presente con el pasado) y simboliza la única salvación posible frente al caos imperante. Pero también sucede en *Una educación sensorial* (I Premio de Ensayo Casa de América-FCE, 2002),

donde ahora Rafael emprende una personal y bellísima historia del desnudo femenino en la pintura mediante un diálogo constante entre la mirada de aquel niño de trece años que fue y por primera vez descubría los volúmenes familiares de la *Historia del Arte* de Josep Pijoan, y la mirada ¿distante? del viajero maduro ante la revelación de un fresco pompeyano.

Y es que la escritura transversal de Argullol siempre capta la fina esencia de lo poético (de esa franja del pensamiento mítico-poético hoy día arrinconada). La poesía, entendida en el sentido griego de *poíesis* como abarcadora de toda "creación literaria", es su mejor antídoto contra un frío intelectualismo. Intuyo también cierto halo machadiano (Antonio Machado es uno de los escasos y mejores precedentes de poesía sapiencial en nuestras letras) en su tratamiento de lo poético: leyendo a Rafael, uno recuerda la proclama machadiana de que la poesía es la palabra esencial en el tiempo. La herramienta para lograrlo no puede ser otra que la memoria, como reza en estos versos de *Los Complementarios*: "Sólo recuerdo la emoción de las cosas, / y se me olvida todo lo demás; / muchas son las lagunas de mi memoria". Son esas mismas "intermitencias del corazón" de las que también magistralmente habla Proust. Y en *El cazador de instantes*, portentoso cuaderno de travesía ahora continuado por *El puente de fuego*, Argullol ha indagado sobre la memoria ("conocer [es decir, "conocerse a sí mismo", "conocer tu daimon"] es recordar"), ese tribunal, el más arbitrario, que construye el relato secreto y discontinuo de nuestras vidas. Son páginas lúcidas. En la literatura reflexiva de Argullol se dan cita, pues, esos dos contradictorios imperativos de la esencialidad y la temporalidad; en ningún caso se pretende abolir el tiempo desde la arrogancia y linealidad del pensamiento lógico. Una vez frenada la inercia a confundir poesía y verso (sus últimos versos, *El afilador de cuchillos*, son de hace una década), comprobamos cómo Argullol ha seguido "haciendo poesía", en sus novelas, en sus ensayos, pues escribe situándose dentro del tiempo psíquico, dentro del caprichoso fluir de su propia conciencia, allí donde todos somos cazadores de instantes.

Esencialidad que a veces viene también al rescate de lo más efímero: de ello es buena prueba su voluminosa *Enciclopedia del crepúsculo*, compilación de textos en su mayoría previamente periodísticos que ahora, gracias a una subjetiva y meditada disposición del conjunto, dejan ver mejor la coherencia de todo su pensamiento, así como el registro siempre sapiencial de su escritura más allá del canal de expresión utilizado. Toda una lección, sencillamente, sobre cómo transitar por el borrascoso sendero que lleva de la literatura al periodismo (y viceversa).

Anunciada está por Acantilado, la editorial que edita y reedita desde hace ya algunos años la obra de Rafael Argullol, la publicación, para después del verano y tras cinco años de espera, de un nuevo libro suyo, por el propio escritor definido como obra ambiciosa y de lenta elaboración. Todos sus lectores esperamos con impaciencia su feliz alumbramiento. Entre tanto, disfrutemos con un aperitivo. Esta tarde nos propone

reflexionar sobre “Arte: máscara y verdad”, título que podría bien tenerse por un ejercicio de concisión extrema (entre las definiciones de su *Breviario de la aurora* ya leemos “Arte: la máscara y lo que queda cuando cae la máscara”). Tomará para ello como punto de partida un cuadro de nuestro Museo, *Peinture* (1950) de Joan Miró, artista sobre el que ha posado también su mirada de investigador en estos últimos años en el marco de una serie de proyectos de investigación por él dirigidos sobre la pintura visionaria española y sus influencias en el arte del siglo XX.

Cedo, pues, la palabra a Rafael Argullol, nuestro conferenciante de hoy, dándole la más cordial bienvenida a nuestro Ciclo de *Voces en el Museo* de Cádiz.

Guillermo MONTES CALA